

La traducción científica a comienzos del siglo XXI

José A. Tapia Granados*

Si a una persona culta de habla hispana se le pregunta si ha leído a Thomas Mann, a Dostoievski o a Julio Verne, lo más probable será que conteste afirmativamente. Si a continuación se le pregunta si su respuesta afirmativa significa que leyó al autor de *Muerte en Venecia* en alemán, al de *Crimen y castigo* en ruso o al de *La isla misteriosa* en francés, la respuesta más probable será negativa. Casi todos conocemos a los autores extranjeros a través de traducciones y, aunque a veces pensemos que hemos leído al filósofo estadounidense W. O. Quine, al escritor francés Albert Camus o al revolucionario alemán Carlos Marx, a quien realmente leímos fue a Manuel Sacristán (que tradujo *Los métodos de la lógica*), a José Ángel Valente (el traductor de *El extranjero*) o a Wenceslao Roces (que vertió al castellano *El capital*). Una parte cada vez mayor de lo que se lee en la vida cotidiana (textos periodísticos, folletos de publicidad, manuales de instrucciones, novelas, obras de ensayo...) son traducciones, pero pocas veces el lector es consciente de que entre lo que leyó y la mente que produjo originalmente esas ideas hubo otras manos y otras mentes que “interpretaron” aquellas y las vertieron a su mejor entender. A menudo es difícil darse cuenta de que hubo un traductor porque su labor permanece en la sombra. ¿Quién vio alguna vez el nombre del traductor en el manual de instrucciones del automóvil o de la lavadora (seguramente traducido del alemán, del inglés, del francés o del japonés)? ¿Vio alguien el nombre del traductor en una noticia de prensa que, según consta en su comienzo, está tomada del *New York Times*? En muchos de esos textos ni siquiera consta el autor en el texto original, generalmente respaldado por una institución: una empresa si se trata de un folleto publicitario o un manual de instrucciones, un periódico o una agencia de prensa si se trata de una noticia. Entonces, si ni siquiera sabemos del autor, ¿por qué habríamos de saber del traductor? Cuando se trata de libros, a veces la empresa editora no está en absoluto interesada en que el posible comprador del libro preste atención al traductor. Un lector puede sentirse atraído por una traducción de Marguerita Yourcenar hecha por Julio

Cortázar, pero es difícil que alguien se interese en un texto de, digamos, Gorki, traducido por un desconocido, y no del ruso, sino del inglés o del italiano. No pocas veces leemos traducciones que no son versiones directas del texto original sino segundas o terceras traducciones. Esto pasa a menudo cuando el idioma original es una lengua alejada de nuestra área lingüística. Si el autor era ruso, finlandés, chino o croata, no será nada raro que el texto castellano que leamos sea realmente una traducción del francés o del inglés o del italiano. La editorial a menudo procurará que esto quede tan en la sombra como sea posible. A nadie le gustan los objetos manoseados y si una traducción es evidentemente un sucedáneo del original para cualquiera que lo piense, ¿qué pensaríamos de una traducción traducida de otra traducción?

Cualquiera que conozca mínimamente un idioma distinto del propio sabrá lo difícil que puede ser la traducción. El lenguaje está lleno de ambigüedades y figuras que están indisolublemente ligadas a las palabras concretas del idioma. “Un viejo que chochea” es una expresión casi intraducible si se tienen en cuenta las connotaciones semánticas del verbo “chochear” y del sonido “ch” en nuestro idioma (María Moliner afirma en la entrada *ch* de su diccionario que el sonido *ch* tiene connotaciones peyorativas en castellano). En principio, el lenguaje científico, como dice Ernesto Sabato, sería el lenguaje más fácilmente traducible, ya que lo que pretende dicho lenguaje es comunicar ideas completamente objetivas, privadas de ambigüedad y de afectividad. “La proposición «el calor dilata los cuerpos» puede ser trasladada a cualquier idioma sin que su espíritu pierda un ápice de su sentido”, dice Sabato. Igualmente, *The standard deviation is the positive square root of the variance* es completamente equivalente a “La desviación estándar es la raíz cuadrada positiva de la varianza”. Ciertamente, pero las cosas no son tan fáciles. Lo que cada vez más a menudo se llama “desviación estándar” en España, durante mucho tiempo se denominó “desviación típica” y en Argentina suele decirse “desvío”, no “desviación”. Por otra parte, “estándar” es un

* Institute of Labor and Industrial Relations, Universidad de Michigan, EEUU. Corr-ele: jatapia@umich.edu

anglicismo castellanizado que aún se ve muchas veces escrito “standard” (o incluso “stándard”, “standar” o “stándar”). Respecto a “varianza”, algunas veces lo que se ve escrito es “variancia”, grafía que recomendaba la Real Academia hasta una edición reciente de su diccionario, en la que ha optado por *varianza*.

La traducción de textos científicos plantea problemas terminológicos formidables que sólo pueden ser resueltos por la especialización del traductor. Un traductor sin formación matemática tendrá graves problemas terminológicos para traducir una frase inglesa como la mencionada, aunque tenga un gran dominio de la lengua inglesa y de la lengua castellana. Sin un contexto estadístico, que sólo puede entender adecuadamente el que conoce al menos los fundamentos de esa rama de la matemática, la expresión *standard deviation* bien podría traducirse como “desvío habitual”, o como “apartamiento corriente”. Traducirla como “desviación típica” o “desviación estándar” revela una familiaridad con cierta jerga matemática que no tendrá cualquier traductor. La palabra *redox* en contextos de química comenzó a usarse en inglés como acrónimo de la expresión reducción-oxidación y con el mismo sentido se usa ahora en castellano. Un amigo, traductor mejicano, me contó una vez que vio la expresión *redox reaction* de un libro de fisiología traducida como “reacción buey rojo” (*red ox*). El traductor que había hecho el desaguizado probablemente sabía poco de química.

El término *leg* significa “pierna” si se refiere a una de las extremidades inferiores de una persona, pero es “pata” si se refiere a una extremidad de un animal. Incluso para quien conozca bien el idioma inglés y haya leído la palabra *leg* muchas veces, puede resultar chocante encontrarla en un contexto de geometría, matemáticas o física, donde habrá que traducirla por “cateto”, ya que en inglés los lados de un triángulo rectángulo se denominan *hypotenuse* y *legs* y, según el teorema de Pitágoras, *the square of the length of the hypotenuse equals the sum of the squares of the lengths of the legs*. Por cierto que nuestro Pitágoras es Pythagoras en inglés y las diferencias de grafía en nombres propios geográficos o de personajes históricos son el origen de algunos de los errores de traducción más habituales. Es por ejemplo frecuente oír en español hablar del método “Delphi” para hacer predicciones, cuando en castellano siempre dijimos Delfos para referirnos a la ciudad del famoso oráculo

griego (la misma ciudad griega que se llama Delphi en inglés).

Veamos otro ejemplo tomado de un texto introductorio a la estadística. *The median or middle value of a group of measurements is that value which divides the set into two equal parts such that the number of values equal to or greater than the median is equal to the number of values equal or less than the median*. Cualquier persona que tenga ciertos conocimientos de estadística sabrá que en este contexto *median* ha de traducirse como “mediana”, no como media, ya que en inglés “media” se dice *mean*. Entonces, la traducción diría: “La mediana o valor medio...” ¿No?

No.

En castellano, “valor medio” es sinónimo de “media” y si el concepto de mediana es distinto al de media, este *middle value* no puede traducirse como “valor medio”. ¿Cómo traducir esa frase entonces? La respuesta no es fácil. Una posibilidad sería eliminar esa expresión en la traducción y decir simplemente: “La mediana de un grupo de mediciones es el valor que divide al conjunto en dos partes iguales, de manera que el número de valores iguales o mayores que la mediana es igual al número de valores iguales o menores que la mediana”. Esta posibilidad la escogería un traductor experimentado que sabe que traducir no implica dar equivalencias para cada palabra del texto original, sino decir las ideas de aquel en el idioma de llegada. En el camino no importa perder palabras, siempre que se conserve lo principal de las ideas. Otra posibilidad, que posiblemente sólo encontraría quien tuviera un concepto matemático muy claro de lo que es la mediana, sería decir lo siguiente: “La mediana o valor central de un grupo...” Cualquiera de estas dos soluciones sería mucho mejor que la primera, en la que una traducción más o menos literal forzada por el desconocimiento de la terminología matemática de la lengua a la que se vierte lleva al absurdo de hacer equivalentes dos conceptos estadísticos distintos, media y mediana.

En un libro de autores neozelandeses y otros países de habla inglesa cuya traducción en castellano tuve una vez que supervisar era muy frecuente la palabra *random*, que como es sabido significa “aleatorio”, “al azar”. Pero en un capítulo del libro aparecía la expresión *radon exposure*. El radón, uno de los gases nobles, es uno de los productos finales de la

transformación de los elementos radiactivos y es él mismo capaz de emitir radiactividad. Por ello predispone al cáncer cuando se acumula en sótanos y actúa sobre personas que usan dichos sótanos. *Radon exposure* se refiere, pues, a una “exposición a radón”. Sin embargo, el traductor, a pesar de su larga experiencia en traducciones técnicas y a pesar de que la expresión aparecía varias veces en ese capítulo del libro, confundido por la presencia habitual de *random* en el texto, cambió mentalmente *radon* por *random* y tradujo *radon exposure* como “exposición aleatoria”.

Una buena parte de las traducciones científicas que circulan en libros y revistas tienen errores de bulto, algunos tan groseros como los anteriores. Como decía el lingüista Martínez Amador, «para traducir mal solo se necesita osadía y diccionario». Muchas veces cualquiera que sabe algo de otro idioma piensa que sabe traducir y lo malo es que muchos editores piensan lo mismo. Cuando se trata de traducciones científicas es frecuente encontrar dos tipos de traducciones, ambas deficientes. Unas son las de los técnicos, que entienden lo que dice el texto original pero lo vierten a su idioma en un lenguaje lamentable, lleno de incorrecciones gramaticales, jerga profesional y extranjerismos. Otras, las de quienes traducen un texto especializado sin tener conocimientos del campo al que corresponde el texto que traducen. Si son buenos traductores, éstos hacen su mejor esfuerzo para que la traducción sea correcta y casi siempre lo consiguen... pero solo en el aspecto gramatical. Siguiendo a Vázquez-Ayora estos dos tipos de malas traducciones podrían llamarse respectivamente “feas honradas” y “bellas mentirosas”. Indudablemente, ambos tipos de mala traducción son rechazables, pero, como explicó hace muchos años Julio Calonge, si hay que quedarse con alguna mejor es una fea honrada. Claro está que lo ideal siempre será una honrada que sea también hermosa.

Lo dicho sugiere inmediatamente la necesidad de la cooperación y del trabajo en equipo entre especialistas en un campo científico y especialistas en idiomas o, dicho de otra forma, buenos traductores-redactores con especialistas en la terminología del texto que se traduce. Lamentablemente, en los tiempos que corren quienes saben escribir correctamente en su propia lengua parecen ser ejemplares cada vez más escasos, dada la creciente supremacía de

lo visual y lo hablado sobre lo escrito. En cuanto a los especialistas en este o aquel campo, a menudo están demasiado ocupados en otras cosas o consideran que una traducción no tiene importancia o no les brinda recompensas ni materiales ni intelectuales suficientes que justifiquen su trabajo. Lo anterior, aunado a las presiones editoriales o periodísticas por reducir tiempos y costos, hace que, por desgracia, a la hora de hacer una traducción a menudo se imponga el trabajo, muchas veces hecho con prisas, de una sola persona, que a menudo sólo deficientemente tiene la capacidad lingüística, los conocimientos científicos o técnicos pertinentes o, incluso, las dos cosas, para traducir un texto científico a partir de un idioma extranjero.

Desde hace unos pocos años la existencia de internet brinda a los traductores enormes posibilidades de consulta con bases de datos, obras de consulta, foros de discusión y especialistas en diversas materias. Quizá ello pueda contrarrestar las consideraciones siempre presentes de economías de tiempos y de costos que hacen que a menudo la calidad quede sacrificada en el altar de la rentabilidad y el interés editorial.

Referencias citadas

- Camus, Albert. *El extranjero* (trad. de José Ángel Valente). Madrid, Alianza/Emecé, 1999.
- Martínez Amador, Emilio M. *Diccionario gramatical y de dudas del idioma*. Barcelona: Ramón Sopena, 1970; p. 643.
- Marx, Carlos. *El capital – Crítica de la economía política* (trad. de Wenceslao Roces). Vol. I. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 1984.
- Quine, W. O. *Los métodos de la lógica* (trad. de Manuel Sacristán). Barcelona, Ariel, 1962.
- Sabato, Ernesto. *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid, Alianza, 1983.
- Calonge, Julio. Sobre la traducción de obras científicas y obras literarias. En: *La traducción: arte y técnica*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia; 1984 (Publicaciones de la Nueva Revista de Enseñanzas Medias, 6).
- Vázquez-Ayora, Gerardo. *Introducción a la traductología*. Washington, DC, Georgetown University School of Languages and Linguistics, 1977.